

4.

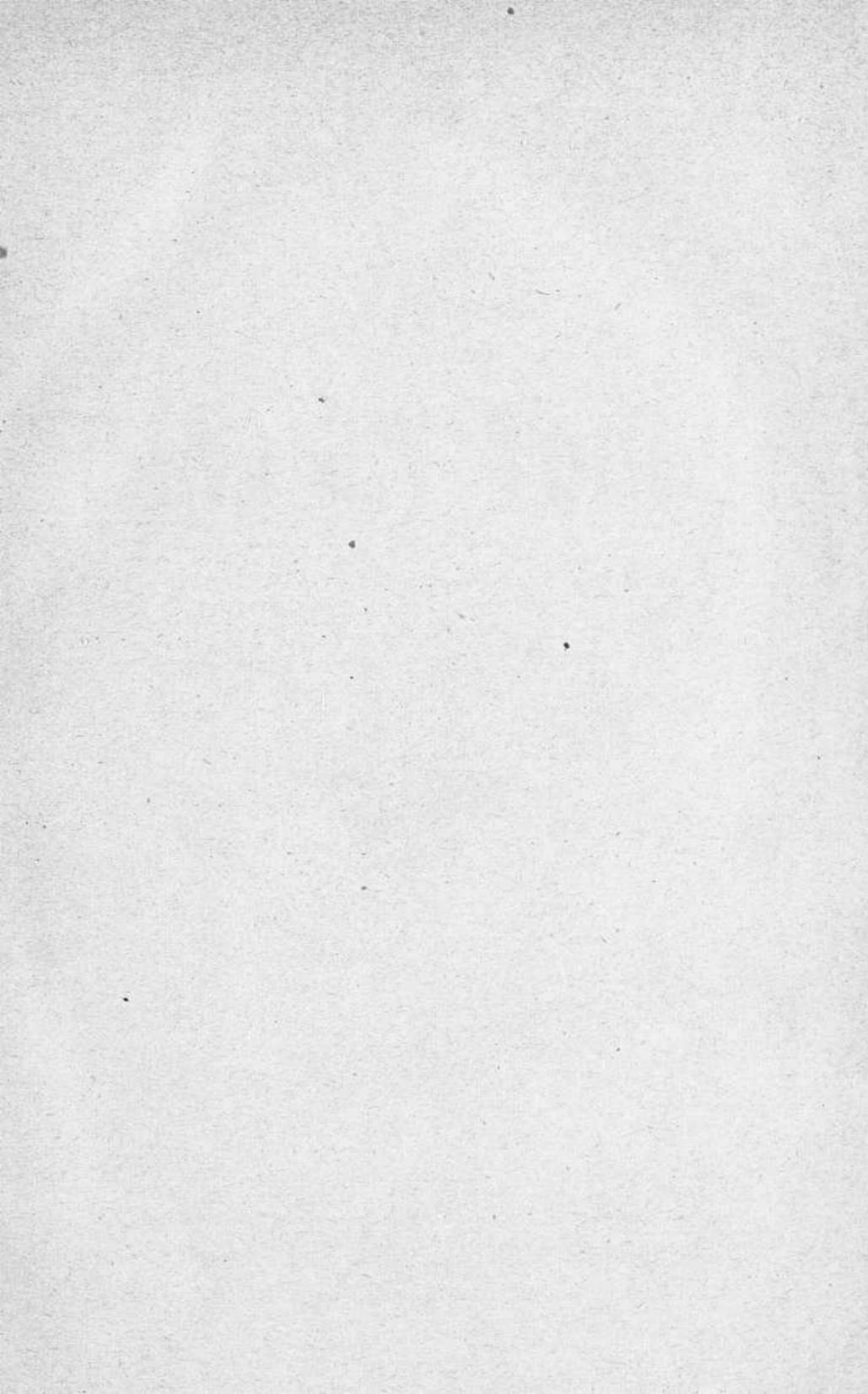
Four  
Camps  
in  
Texas

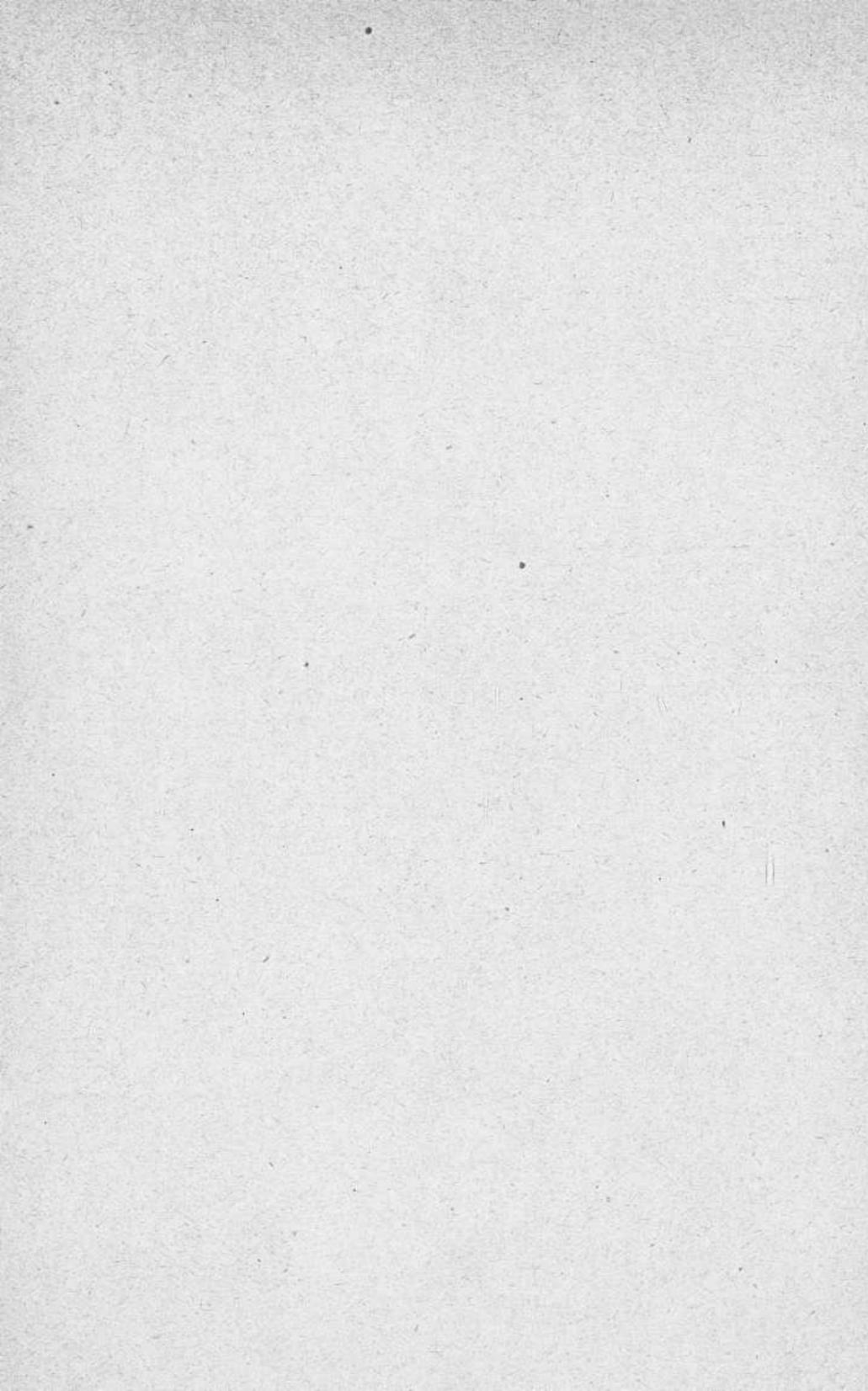
---











F. HARDT

---

# CAÑAS Y TOROS



MADRID  
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ  
IMPRESOR DE LA REAL CASA  
Libertad, 16 duplicado  
1890





Handwritten signature or mark.

F. HARDT

---

# CAÑAS Y TOROS



MADRID  
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1890

+

ESTABLISHED

# CLARK & TORRES



MADRID

CLARK & TORRES

CLARK & TORRES

CLARK & TORRES

1874



## CAÑAS Y TOROS

---

*Al honorable Dr. Thebussem.*

Mi querido compatriota y buen amigo: El día en que un cartero en ejercicio de las funciones distributivas sube los noventa escalones de mi domicilio y deja en la puerta pliego con la K y la T enlazadas, por signo de procedencia, márcolo al punto (el día), no con piedra blanca como los antiguos, en razón á que tendría que echarme á buscarla por esos trigos de Dios, fuera de la heroica villa de Madrid; márcolo con la cara de la satisfacción, con el apetito en el almuerzo y aun con los dos extremos del lapicero azul y rojo en el Agenda.

Si el paquete es abultado y de la cubierta sale uno de los primorosos opúsculos con que ya de tarde en tarde favorece usted á los elegidos, entonces, no se qué señal indique bastantemente mi contento, grandísimo ahora, que tengo á la vista las DOS CARTAS impresas en Jerez de la Frontera, y saboreo á mi placer la intitulada LEYES Y CAÑAS.

Defensa más donosa que la que hace usted del envase ordinario de la *manzanilla*, no cabe; ni ocurriera pensarla mejor á los cosecheros y bodegueros del vinillo pálido, con-

gregados en asamblea asesorada y asistida de los ingenios agudísimos que á la provincia de Cádiz van por temporada desde las montañas de Santander, y no á tomar aires.

Sí, señor; usted, abogado de la pequeñez y de la humildad sin ser abogado de pobres, tiene hechas defensas muchas ante el tribunal de la opinión, que ha sentenciado siempre como se pedía; pero aunque entre las famosas recuerde de momento, por la solidez de la argumentación y la maestría del alegato no reñidas con la gracia (así Dios me dé la suya), las de el ajo blanco, los alfajores de Medina y la tinta fina de escribir, no me parece que ninguna llegue ni se aproxime á esta presente de *la caña*, cuya superioridad, en mi sentir, estriba en que todas las anteriores, indiscutibles, convincentes, como son, tienen un sello común, revelador de haber sido escritas bajo el cielo en que se dibujan las almenas de la Huerta de Cigarra, es decir, en una parte de la tierra de María Santísima; mientras que la última, del género de las que tienen que leer entre renglones, como ahora se dice, acusa al tudesco pensador y patriota.

Bien creo que el Sr. Canciller reciente, von Caprivi, cumplirá con la obligación de presentar á S. M. el Emperador un ejemplar de LEYES Y CAÑAS, encuadernado en piel de zapa, como no dudo que reciba usted en breve de la casa Woermann, de Hamburgo, estuche de viaje *necessaire* con una docena de las cañas preconizadas; pequeñísima expresión de gratitud que podrá servir en casos como el del banquete de Sanlúcar de Barrameda, que nos cuenta.

Dice usted muy bien; la fina, delicada y aromática *manzanilla* requiere un vaso tan especial como lo es el vino; tan especial como los que se fabrican para el *Rhin* ó el *Champagne*, y razones sobradas recomiendan á *la caña* tal como hacerla saben nuestros obreros del Mein; con vidrio que parece cristal; con estrías transparentes; con esa cosa indefinible que se llama aire, sal, expresión, donosura ó elegancia no entendida ni menos imitada por los sopladores gallegos ó andaluces.

Producto de la industria alemana la caña legítima, natural es que usted la encarezca y que yo me apareje á secun-

darle en la pequeñez de mi valimiento. Lo haré seguramente, si usted me ayuda con sus consejos é instrucciones, empezando por aclarar alguna duda que me ocurre.

El Sr. D. Juan J. Cortina dice en la carta titulada CAÑAS, adjunta á la de usted, contradiciendo la aplicación singular del envase, que con caña se puede beber y se bebe el vino jerezano, lo cual pudiera pasar y aun favorecería á nuestro intento, ya que la producción de manzanilla es escasísima y el consumo limitado al rincón de dos provincias. Si de ese rincón se saca el néctar, *se remonta*; pierde el aroma, el color, el gusto; deja de ser *manzanilla*, en una palabra, adquiriendo las propiedades distintas del *amontillado* ó de otros de los caldos andaluces. Extendiendo, pues, al *Pedro Jiménez*, al *Tío Pepe*, á las demás denominaciones, el uso del casi cilíndrico receptáculo, se aumentará la necesidad, se favorecerá la importación y ganarán la industria y el comercio, que es lo interesante. Lo que no debemos pasar ni consentir sin correctivo en el escrito del Sr. Cortina, paladín de la clásica y caprichosa mantilla, contra los sombreritos franceses de las damas, es que tenga en *tanto monta* á la verdadera *caña* de Hamburgo con diez estrías y otros tantos dientes, y á cualquiera falsificada en Bohemia ó Badalona con escudos, coronas ó cifras; que se permita la idea heterodoxa de que la *caña*, «tan caña es cuando contiene el aromático vino en las feas y oscuras mesas de las tabernas, que cuando aparece blasonada en las fastuosas de los magnates.» ¿De qué nos sirve la declaración de ser la caña su vaso favorito, si le importa poco que el vaso sea francés ó catalán?

Lo mismo digo de la etimología con que enmendar pretende la de la venencia del Sr. Lesnar, desprestigiando el origen y la antigüedad de nuestro objeto. Que *caña* viene de caña; es decir, de la especie vegetal designada por los botánicos con el nombre sistemático de *Arundo donax*, no parece descubrimiento de los que se consignan en la lista de los de Watt y de Franklin: recíbalo usted, no obstante, con desconfianza, á beneficio de inventario. Mire usted, Doctor amigo, que desde el malogrado Roque Barcia dedicó los ocios del cantón al *Primer diccionario etimológico de la lengua cas-*

*tellana*, son tantas las investigaciones de la especie que se van haciendo, que olvidado queda el P. Larramendi con los portentos de cada día. Palabra que creíamos heredada por línea directa de los griegos, resulta venir de lengua *quichua* sin variación alguna.

De *canna*, caña, puede muy bien derivarse la voz cañón, en la generalidad de sus acepciones y singularmente el cañón de artillería, porque las primitivas lombardas, cilindros con zunchos sobrepuestos, tenían verdadera apariencia de cañas muy gordas; pero la caña (*arundo*) no tiene estrías, y las estrías y los dientes, usted lo tiene dicho, caracterizan á la *caña de manzanilla*. En mayor intimidad están, por tanto, el cañón Krup y el vaso del vino consabido, que éste con la caña vegetal, ya que al fin, si uno por dentro y otro por fuera, estrías cuentan los dos primeros, y ambos se cargan con materias inflamables.

Convendrá, de todos modos, que busquemos razón más clara que las aportadas por el Sr. Cortina, según las cuales sería de anteayer, como quien dice, el principio de la vasija en cuestión. Repliquemos que si en los tiempos en que escribía el licenciado Sebastián de Covarrubias, y en los que la Real Academia de la Lengua publicó su primer Diccionario, se llamaba *cortadillos* á los vasos pequeños de vidrio que se usaban para beber, siendo lisos y tan anchos por arriba como por abajo, hoy se sigue llamando *cortadillos* en Castilla á los mismos vasos, siendo de cabida de medio cuartillo, que nada tiene que ver con las cañas, y que si *caña*, en la acepción nuestra, no se halla en esos diccionarios, la omisión no vale por probanza de que la caña genuina no existiera, ni que dejara de vulgarizarse en Andalucía desde principio del siglo XVI, como usted acertadamente apunta.

Convendrá, asimismo, que por fundamento repasemos las cartas peregrinas en que Fr. Antonio de Guevara enumeró los vinos exquisitos de España y las novelas picarescas que sucesivamente se dieron á luz. Si en cualquiera de ellas, si en los escritos del Obispo de Mondoñedo, de Espinel ó de Cervantes se menciona la manzanilla (aunque me parece problemático), ya podremos afirmar que la caña se usaba

para envasarla. En caso negativo, queda un recurso que difícilmente tendrá opositores.

En el siglo XVI, *toros y cañas* iban inseparablemente anunciados como encarnación del regocijo público. Las *cañas* eran parte esencial del espectáculo, de la diversión, de la delicia popular. Servían además para que la nobleza se adiestrase en la gineta adquiriendo soltura, práctica, seguridad, en tanto que las *cañas* se volvían lanzas; mas hé aquí que los arcabuces y mosquetes dieron al traste con los primores de equitación; que á los torneos en campo abierto sucedieron los cerrados de Parlamento, y por ley natural vinieron á sustituir á las *cañas* con que se ejercitaban brazos y piernas, las *cañas* discurridas para ejercitar la lengua, ó lo que es lo mismo, para sustituir á los palos *el palique*; las *cañas de manzanilla*, más liberales, más democráticas, más al alcance de la comunidad de las gentes. Que desde el principio han seguido íntimamente relacionadas con los toros, ya lo demostraremos, expuestos que sean algunos de los puntos de la carta thebussiana, necesitados de aclaración.

Sienta usted que sólo tres vinos disfrutan del alto y singularísimo privilegio de tener vaso especial, siendo uno de ellos la *manzanilla*, y paréceme que la premisa requiere alguna latitud para que no se tache de absoluta. ¿Habla usted en generalidad, ó se refiere solamente á la mesa de los magnates?

Si lo primero, habrá quien objete que el vino del *Priorato* se sirve entre los payeses catalanes en el verde *purro*, vasija elegante, original y cual ninguna limpia, pues basta que la persona no iniciada ponga el pico en la boca para que el propietario lo haga pedazos y no sirva más. Que el *pifón* pasa de mano en mano gallega, en calabazas cosechadas con la semilla de la de San Roque. Que el *chacolí* y la *sidra* tienen entre los vascongados vasos de forma predilecta. Que el *pulque* se escancia en júcaras admirablemente ornamentadas por los originarios de Tezcuco. Que circula la *chicha* en totumas ó güiros no menos ricos. Que la *nipa* y mil otras bebidas fermentadas requieren recipientes propios, ya sean fabricados con la nuez del coco en maravilloso trabajo, ya con el

cráneo de un guerrero enemigo, ya con barros, ya con metales preciosos, ya con piedras, como la del famosísimo *Catino*. Que no sabe bien la cerveza á los germanos si no la encierra jarro de cristal de medio azumbre, con tapa de reluciente estaño levantada por el dedo pulgar en el momento de llevarla á la boca y que cae luego por su propio peso, guardando al líquido de cuerpos extraños; jarro que yo bien sé besará usted amorosamente cuatro veces al día, cuando menos. Por último, para el caso de que sólo de vinos de uva y de países civilizados se trate, aún dirán que los de Toro, Valdepeñas y congéneres, con más abundancia que en el vidrio se trasiegan al estómago desde la *bota*, elemental é indispensable accesorio de romerías, meriendas, ferias, viajes y toros, por supuesto; de la *bota* de cuero emezgado, entiéndase bien, no de la jerezana, obra de tonelería de capacidad de treinta arrobas; de la *bota* tradicional, continente del jugo de la vid que en estadísticas de España ha de estar con la *caña* en relación de mil á uno; de la *bota*, en fin, á prueba de accidentes, desde los tiempos del Cid, que obliga á mirar al cielo cuando se agota.

Ahora, si usted tan sólo trata de festines cortesanos; si ha de tomarse á la letra que mientras más reyes, y príncipes, y duques y magnates se sienten á la mesa, más y más debe lucir y presentarse la altiva, esbelta y elegante *caña*, ya es otra cosa, porque la cuestión sale de la historia, limitándose á propuesta de una innovación no discurrida hasta ahora. Para la admisión de la *caña* en esas mesas habría que empezar por conseguir primero la de la *manzanilla*, vino poco estimado de los sumilleres de reyes y de grandes, incluso los de España residentes en la Corte, y no sé yo lo que opinará *El Cocinero de S. M.*, colaborador de usted en la reputada obra *La mesa moderna. Cartas sobre el comedor y la cocina*, explicativas de perfiles y relieves. Hombre parece el tal cocinero capaz de argüir y de formar un tomo nuevo con las cuestiones que le ocurran. Querrá, por de pronto, explicación de las cualidades *químicas*, *higiénicas* y *gastronómicas* con que usted abona desde luego á la *caña*, y acaso proteste contra las *estéticas*, considerando que el vaso de las estrías y

los dientes, colocado entre la batería de copas de forma y color distintos, pero de finura igual, que suele ponerse con cada cubierto, produciría en la retina efecto análogo al de un caballero que con frac y corbata blanca vistiera polainas nuevas, bordadas por las mejores manos de Alcalá de Guadaira.

Seis *cañas* con un tablero encima sostendrían, con más solidez que los pilares de la catedral de Sevilla, á la coquinera de caderas más anchas bailando el *Vito*; en contacto con las copas de Bohemia, que el aliento rompe, harían el papel de la locomotriz al chocar con el borrico que atraviesa la vía.

La *caña* está muy bien en la tienda de montañés, para cuyos trotes parece expresamente fabricada; allí armoniza con la mesa y los bancos de pino; con el velón y los otros menesteres de Manolito Gázquez; con el paño que recuerda los mapas iluminados de Petermann de Leipzig; los trinchantes de hierro á que la brisa del mar ha dado patina uniforme; el humo del freidor y la figura de los comensales reunidos. Allí en cabal estética, mediada de *manzanilla*, juega la *caña* con la cañaílla y la pescaílla y la tortilla y la rosquilla, etc., etc., servidas por el discípulo de Ganimedes, montañés rechoncho y velludo, vestido á la ligera, que con agilidad y gracia sin igual envaina los cinco aseados dedos en otras tantas cañas, á la inversa del sastre de la Barataria con las monteras, produciendo la grata armonía del *rin rin* del vidrio, cuando se las lleva para rellenarlas.

Si el anfitrión de Sanlúcar que obsequió á usted con una buena comida, lo hizo en su casa y sobre mantel limpio, como es de presumir, procedió, pues, como Dios manda disponiendo el servicio de la *manzanilla en copa*, á reserva de hacer la razón cualquiera otra vez *con caña*, dándoles la hora en *La Sacristía*, *El Colmao*, *El Paraíso*, *El Candil*, ó como se llame la tienda de aquellas en que la voluntad les reuna; en la tienda de montañés, lugar propio para ofrecerlas también á príncipes y reyes si el capricho les toma de visitarlo.

Todo esto y mucho más podrá ocurrir al Cocinero de Su Majestad, y bueno es, por consiguiente, preparar argumen-

tos con que anonadar los suyos. Convengamos por de pronto en que la *caña* tiene por terreno fértil y apropiado la dicha tienda, para sostener que desde él puede y debe trasplantarse á otras de más luz y área, donde se desarrolle y multiplique por el influjo de la moda, para la cual ni hay leyes ni principios. Fecundemos el criadero enalteciendo sus orígenes, sus condiciones, su influencia innegable en las costumbres, en la economía doméstica y en la economía política. Extendamos la institución por las regiones donde no se conoce. Hagamos lo posible para que llegue á ser nacional, y el pleito está ganado.

Habrá quien crea que tienda de montañés y taberna son una misma cosa, error que ante todo habremos de desarraigar. Así como nada hay de común, ni aun el vino, entre la suntuosa taberna de Londres y la que atrae al arriero por los lugarejos, con la rama de pino colgada á la puerta; así como en nada se parecen la taberna de Baltasar de Alcázar, donde diez y seis valía el cuartillo, y las actuales de Madrid, en que suelen incoarse los más de los procesos de homicidio alevoso, la tienda de montañés en Andalucía no se parece ni aun á aquellas de que el refrán dijo: «Ya que no bebo en la taberna, huélgome en ella.»

La tienda de montañés es establecimiento de crédito, caja de ahorros, casa de esparcimiento, escuela de cortesía y campo de liberalidad. Allí no se va tanto á beber cañas como á pagar cañas; por ello, como usted enseña, nada hay más ceremoniosamente democrático que el *cañeo* de los *manzanilleros*; por ello, ni el vidrio se presenta lleno, ni es delicado agotarlo por entero, ni la frase de *hasta verte, Jesús mío*, reza con tal vino y tales consumidores, y no es otra la razón que ha hecho del manejo culto de la caña, tomándola por el tercio inferior con los dedos pulgar, índice y del corazón de la mano derecha, un arte, si no varonil, muy difícil.

Lo democrático no empece, por otro lado, la consideración á las cuestiones y preocupaciones sociológicas, respetadas y previstas por el montañés inventor, al discurrir los mamparos que á manera de chiqueros dividen en laberínticos espacios el total, disposición á que se debe que *los zeñoritos* y

*los cabayeros* puedan pasar allí alegremente lo más del día y de la noche, lo mismo que el jornalero, el menestral y tal cual hembra de salero. Diga lo que quiera el cocinero de Su Majestad, allí pueden ir sin dificultad príncipes y reyes, y conviene que vayan al mayor prestigio de la *caña*, extendido por los candidatos á los altos cargos de diputados y senadores.

Dejemos este punto de momento, sin perjuicio de seguir tratándolo oportunamente.

Hemos hecho mención de la bota castellana presentándola como pareja de la fiambreira y relleno natural de las alforjas; como amiga fiel de Sancho Panza, código de Tomé Cecial, devocionario de Ambrosio Lamela, consuelo, en general, de afligidos, Castalia de poetas humildes, refrigerador de los tendidos de sol y bienaventuranza de pastores. La desdeñarán, por tanto, las gentes elevadas, opuestas á lo prosaico y lo vulgar, pero harán mal en proceder de ligero. Yo he copiado de mi mano, del original que para entre los papeles de la casa Bethune, la carta siguiente dirigida á Enrique de Danville, Duque de Montmorency, personaje de significación:

«Excmo. Señor:

»Un Peregrino que salió de su patria en cueros, no puede dar don sino de cuero. Esto será disculpa de mi atrevimiento en embiar á V. Excia. essa bota ó borracha, q. llaman y vsan en España *para regalo*, adobada allá con ambar, que me truxo el Sr. Jacome Marengo. Y sy V. Excia. mandare q. yo vaya á hazer la salua, yo yré.

»De V. Excia.

muy humilde y obligado seruidor,

Antonio Perez.»

*En la cubierta.* «Al Excmo. Sr. el Condestable, mi Señor.»

Hé aquí cómo el Ministro de Estado de Felipe II, el rendido amator, el elegante que introdujo en Francia guantes de piel de perro, polvos de dientes, aguas de olor, frases y

palabras de la lengua castellana, declara por *summum* de agasajo, digno de los príncipes, á la bota rellena de tinto riojano. ¿Hay razón para poner en duda su veracidad?

Denos confirmación, en tal caso, la carta de otra eminencia, dirigida desde Saint Omer á D. Pedro Espíndola, en Madrid, el año de gracia de 1596:

«En Madrid se husan unas botas ó borrachas adressadas con solo ambar, y tambien unos toneles que yo ios tengo por mejores y duran mas, que no caven mas de dos pottes, pero no tienen otra cosa ninguna que hambar grisa sin almiscle. Sy pudiessedes traherme una, seria para my muy gran regalo, porque el almiscle y lalgalia me haze mal á la cabeça, y el hambar mucho bien; y como teneis tantes (sic) señores y señoras que os favorecen, podriedes pedir una y trahermela. Y, sy os pareciere apropósito pedirla á my Señora la Condesa de Fuentes, ó a my Señora la princesa de Ascoli, me remito; yo os assiguro que seria para mi muy gran presente. Ally he visto unos barrillejos de las Indias muy lindos, y aunque sea de un pote, ó hacerle hacer y adressar á posta, porque el ambar me dicen se mete en las costuras del barril y, no se como, que dura muchos años. El Conde de Arembergue tiene uno y Coloma (el autor de las guerras de Flandes) otro que creo costaron allí cada uno veinte escudos, con la boca de plata y serrada con tornillo.»

Si con tan significativos testimonios juntamos los de Eugenio de Salazar y tantos escritores clásicos del tiempo, asegurando el aprecio que la bota merecía al lado de la taza de plata, vidrio de Venecia, bernegal de Cadahalso, jarra de Barcelona, porcelana de Portugal, nuez de la India y corcho de alcornoque, ¿cómo ¡pecador de mí! se atreverá el Cocinero, aunque marque con corona el gorro blanco; cómo, digo, se atreverá á proscribir de las mesas de distinción á la incomparable *caña*, trayendo á cuento modas ni conveniencias? Compárela en buen hora con los vasos más célebres de la historia; sáquenos á colación los de Lot, Herodes, la rei-

na de Sabá, Baltasar, Artajerjes, Cleopatra, Británico, Nerón, Lucrecia Borja, y aun el de D. Juan Velasco, y veamos si hay alguno que le aventaje.

Del último tomaré por obligación decir algo porque no se mienta en libros de cocina.

El rumboso general de galeones de Felipe II, D. Juan Velasco de Berrio se servía de una copa colosal, de plata, que, puesta la base en el suelo, llegaba arriba del brazo de la silla en que estaba sentado, rematando en una pileta de porte largo de dos azumbres. Henchíansela al principiar la comida, y no de aquel vino que el socarrón del P. Guevara dijo que solía beber la gente de mar, cuando bien pudieran mojarse en él lechugas de la tierra, sino del superior de Yepes ó de Rueda, morito auténtico, que tengo para mí haber inspirado D. Juan la copla de Moreno:

«Las bodegas, en buscallas,  
haciendo mil maravillas,  
fué un Colón en descubrillas  
y un Cortés en conquistallas.»

Henchíanle, repito, aquella laguna, y sin necesidad de moverla, inclinaba el cuerpo y bebía de bruces, absorbiendo el líquido como tromba marina, á uso flamenco.

Estimulando el gznate con avellanas tostadas, escurría el copón, quedando tan fresco y despejado como en ayunas, y aunque el médico Méndez Nieto, á fuer de comensal amigo, y no tanto fundado en su ciencia como en la máxima de no deberse echar vino nuevo en odre viejo, le insinuara que había de reventar, respondíale el General que si no sabía más de echar calzas á pollos que de higiene, medrado estaba, porque aquello era su natural y en lo que se había criado y vivido no ya pocos años.

Volviendo ahora al tema, si acudiéramos al recuerdo de los años juveniles, el paralelo de la cervecería bávara con la tienda andaluza suministraría mil datos en favor de la última, y de nuestro plan en consecuencia.

Recuerdo grato es siempre el de la primavera de la vida;

pero ¡qué monótonamente la pasábamos, querido Doctor, cuando éramos bachilleres! El libro, la cátedra y la esgrima consumían nuestros días, sin dejarnos tiempo apenas de pasar ante las ventanas de Gretchen y de Bertha. En la eterna noche nos daba asilo el sótano de *El oso dorado*, donde, entre la nube del humo de las pipas, se comentaban la disertación del profesor, el artículo notable de la *Revista de Colonia* y las últimas teorías.

El domingo nos hallaba el alba, vestido el chaquetón gris con vivos verdes y los zapatos gordos. Cubriera la nieve el suelo, dorara el sol las laderas, íbamos como todo el mundo á la montaña, ya haciendo bolas y esculpiendo en ellas el rostro de la patrona, ya herborizando ó persiguiendo lepidópteros; cuestión de caminar cinco ó seis leguas en fatiga del cuerpo y reposo del espíritu.

En la hostería, preparado el calorífero ó el ramaje fresco con que se escribía en la pared el *Willkommen*, honrábamos la pierna de venado y el jarro de espumoso topacio líquido, y así que el más anciano entonaba:

«La patria nos llama.  
Oíd.....»

Y en coro concluía el estribillo, dábamos vuelta á la ciudad para caer como troncos en la cama, y vuelta á empezar la semana con la cátedra, la esgrima y el paseo.

¡Qué distinto nos pareció el mundo, traídos por la suerte á proseguir los estudios en la Universidad de Sevilla! ¡Qué cielo, qué sol, qué azahar..... y qué muchachas! Aún siento la impresión que me produjo ver á usted por vez primera con el *marsellé* de siete colores en los codos, el airoso *calañé*, ideado, según entendí, para recoger aguas pluviales, y la capa que, como á mí, se le caía de los hombros, sin encontrar asiento. ¡Con qué entusiasmo tomamos parte en los alborotos y motincillos de las aulas, sosteniendo ser capa y *calañé* el más adecuado y propio de los trajes escolares!

Hicimos por entonces conocimiento con los *colmaos* y las *cañas*, aunque no tan íntimo y cumplido como habíamos de

tenerlo en los contornos de la bahía de Cádiz, donde la *caña* reina sin rival. De allá data el entusiasmo que en la carta de usted se trasluce, y eso que las barbas remojadas eran por entonces del color del vino, y al escribir la epístola más han de parecer de plata; y eso que (lo confiesa usted) la salud y las prescripciones médicas no le consienten cantar, como tantas veces,

«Eche usted y no se derrame,  
que vale un millón la gota;  
antes se acabe la bota  
que se concluya el parné.»

De todos modos, dando gusto al paladar y siguiendo al hilo la corriente de los usos, usted ha prestado un buen servicio á la industria de nuestro país con demostrar que en Alemania, y sólo en Alemania, se saben hacer las *cañas* legítimas, higiénicas, químicas, estéticas y gastronómicas; mayor será el mérito cuando el vasito estriado figure en toda mesa distinguida; mas vuelvo á mi tema: si la generalización se hace por otras vías; si llegara á fijarse la sentencia de que *cañas y toros* son y deben de ser inseparables, como lo fueron antes *toros y cañas*, el resultado para nuestras fábricas sería inmenso, pues acreditando la experiencia que donde una y otra afición se juntan, no queda tiempo para nada, no ya sólo vidrios, sino banderillas, moñas, lentejuelas, carteles y hasta manzanilla importaríamos aquí, contribuyendo á la expansión nacional y adquiriendo popularidad justificada.

La región donde usted suele invernar muestra palpablemente lo que digo. Contemple usted esa grandiosa bahía rodeada de pueblos á cual más hermosos: si estudia usted sus condiciones, si discurre sobre la de las mareas que, en opinión del gaditano D. Eduardo Benot, brindan con fuerza motriz gratuita á la maquinaria del mundo; si dando vuelta á los muros de la tacita de plata advierte, y no es mucho, que no tiene terrenos que sembrar, pensará que la naturaleza creó, con privilegio de cariño, aquella isla asomada entre

dos mares, para centro de actividad fabril y comercial. Sin embargo, nada se fabrica por el hombre, ni la industria doméstica de la mujer, que produce relojes en Ginebra, encajes en Malinas, cintas, cordonería, bordados, flores, en cualquier parte, se ha implantado; el Sol y el Levante fabrican sal, que trabajosamente, en mucho tiempo, y con procedimientos semejantes á los que empleaban los fenicios, carga algún bergantín noruego dando tumbos en medio de la mar.

El ferrocarril no ha detenido la decadencia progresiva de la provincia; mató á la calesa, y es lástima, que era vehículo tan pintoresco como incómodo; mató al calesero, tipo curiosísimo; al ventorrillo del Chato y á los otros que bordaban el arrecife; estaciones necesarias al caminante de la tierra en cada media legua, sin crear la vía en cambio nada fructífero. Por no llevar los trenes, no llevan ni aun viajeros de fuera, temerosos de molestias y exacciones y aleccionado contra los *Caniyitas* de tierra y los *Inocencios* de mar que adornan el muelle á la par de las figuras de San Servando y San Germán, esperando al transeunte como la araña á la mosca. Los vapores esquivan cuanto pueden el puerto inseguro; los que los necesitan, prefieren embarcarse en cualquier ciudad del Norte y alargar la travesía con tal de no caer en garras de los mocitos serviciales de la Caleta.

Pasan los millones destinados en el presupuesto de Marina al Departamento y Arsenal, como el agua por cedazo; los capitalistas y banqueros han pasado en busca de asiento más productivo.

En cambio se fundó allí la SOCIEDAD TAURINA GADITANA, con reglamento impreso el año 1886, cuyo artículo fundamental reza:

«Esta Sociedad tiene por objeto celebrar corridas de toros, procurando satisfacer las exigencias de la afición y beneficiar sus propios intereses.»

No creo que hay más que decir. Traslademos el campo de observación.

Cincuenta años ha, eran al poco más ó menos idénticas las condiciones naturales de la localidad: el cielo despejado, la mar bella, el clima benigno, la bahía espaciosa, el fondo

blando y las mareas veloces. Desembarcaban en Cádiz azúcares de Cuba y tabacos de Filipinas; se embarcaban vinos de Jerez, en movimiento suficiente á la ocupación de algunos escritorios de armadores ó consignatarios. En la misma fecha, la villa de Bilbao, que está situada sobre un río estrecho, con barra peligrosa en costa brava, con clima desigual y llovizoso, con frecuentes temporales, habiendo sufrido, por consecuencia de la guerra civil, sitios, bombardeos y paralización completa del escaso comercio, consistente en la exportación de vena de hierro á cambio de bacalao y tabla, con buques de reducido tonelaje, languidecía solitaria. No contó, en ayuda de sus propias fuerzas, con guarnición permanente, catedral, obispado, arsenal y apostadero de salida de líneas trasatlánticas, como Cádiz, y no obstante, al paso que esta ciudad decaía, progresaba Bilbao en términos sorprendentes. Cambiadas por industria las condiciones, entran ahora en el riachuelo vapores de mil toneladas y vuelven á salir cargados á las veinticuatro horas. En ambas orillas admiten los muelles el atraque, y con grúas, trenes, ascensores y planos inclinados, aceleran las operaciones, no interrumpidas en la oscuridad, que la luz eléctrica destierra. Por las inmediaciones se ha levantado como por encanto una selva de chimeneas que no cesan un punto de ennegrecer la atmósfera, pues á su pie también, como en los trenes, no hay hora de la noche que presida al descanso ni al silencio del martinete y el cilindro. Callan y trabajan los hombres satisfechos, eso sí, mientras gritan y huelgan los de Cádiz, buscando lejos de sí mismos la causa de encontrarse alojados en un bello cementerio. Los primeros han convertido en población lo que se llamaba *El Desierto* y en oasis *El Arenal*. Los otros van transformando en arrenal las cercanías y la población en desierto. La causa será la que se quiera, mas no puede omitir la atención que en Bilbao no se bebe manzanilla. Agreguemos la de que la otra de las aficiones apuntadas, la de los toros, no es muy grande allí, si bien va ganando terreno.

Los periódicos habrán informado á usted de que el señor Gobernador de Madrid ha reunido en su despacho á varios

aficionados y escritores taurinos para consultar el cartel presentado por el empresario de la Plaza para el primer abono de la temporada, antes de exponerlo al público. Es consideración debida al arte, que formará precedente y que garantiza los intereses del común.

También sabrá usted, por anuncio, que va á darse á luz una *novela de puntas*, en que colaboran insignes escritores, entre ellos Carmena, Peña y Goñi y Mínguez, con prólogo de Barbieri; será cosa sabrosa con que seguramente prosperará la lidia, vencedora ya en toda la línea. Recientemente se ha fijado por jurisprudencia, si no estoy mal informado, que pueden construirse plazas allí donde las tengan corporaciones provinciales ó municipales, aunque estén destinados los productos á objetos benéficos. Con esto se acabarán los monopolios y las intrigas; tendremos dos y tres redondeles en cada ciudad y villa, y á fe que no faltará gente que los llene todos.

Pero aún hay algo de más importancia que dirá á usted mejor que yo la tijera, separando del acreditado diario *El Imparcial* este recorte:

«EL CÍRCULO NACIONAL. En la Carrera de San Jerónimo, 28, segundo, en el local en que ha estado hace poco el Círculo Conservador, inauguróse anoche la nueva Sociedad de aquel nombre.

El Círculo Nacional se propone ser un centro de reunión, completamente apartado de la política, y tiene por objeto principal fomentar la afición al espectáculo favorito de los españoles, y que lleva también traza de serlo de los extranjeros, como se ha visto el año pasado, en el que *saltó la barrera*..... de los Pirineos, é hizo las delicias de los parisienses.

En los amplios y lujosos salones del Círculo se codeaban anoche empresarios, ganaderos, toreros, revisteros y aficionados en gran número, galantemente invitados al acto de la inauguración por la Junta directiva.

Componen ésta, en representación de los diversos elementos del espectáculo nacional, los Sres. Duque de Veragua, presidente honorario; Conde del Villar, presidente efectivo; Hernández y Santa Ana, vicepresidente; Heredia, secretario; Martínez Garcés, vicesecretario; Orensanz, tesorero; García,

contador; Neira, bibliotecario, y Sánchez Pastor, Aguilar, Láncera, Caamaño, Cuadrado, Valentín Martín y Barcia, vocales.

Los invitados fueron obsequiados con una succulenta comida servida por Pellico, encargado del *restaurant* del Círculo.

Á los brindis hablaron elocuentemente los señores Conde del Villar, Santa Ana, Hernández Muñoz, Millán, Caamaño, Núñez, Cuadrado, Valentín Martín y un tal *Aficiones* (éste sin elocuencia), haciendo votos por la prosperidad de los levantados propósitos de la nueva Sociedad.

Fué acogida con mucho entusiasmo la creación de un Montepío para lidiadores inutilizados, idea generosa y de excelentes resultados si se lleva á término, y que se debe á la iniciativa del tesorero de la Sociedad, Sr. Orensanz.

También se acordó organizar una gran corrida de toros para allegar los primeros fondos destinados al Montepío; ofrecieron desde luego su valioso concurso D. Fernando García y los Sres. Aguilar y Conde del Villar, á los que ayudarán en su intento todos los buenos aficionados y la prensa.

Los ramos de flores que adornaban la mesa fueron enviados á la señora del Duque de Veragua, del Conde del Villar, de D. Antonio Hernández y de D. Eduardo Santa Ana.—A.»

La noticia ha dado motivo á otros periódicos para insertar chuscas ó epigramáticas censuras; desahogo inocente, aunque de mal gusto, como de quien da coces contra el aguijón. Ha habido ocioso que pretendía calcular el capital que representan las plazas existentes, el valor de las reses lidiadas, de los caballos muertos, de las entradas al espectáculo y hasta de los jornales perdidos por asistencia á las corridas en días de trabajo, y esto con propósito de demostrar que sobrara ese dinero para establecer los Bancos agrícolas y Cajas de ahorros que no existen, como si fueran dueños los articulistas de disponer de la bolsa de los españoles y aplicarla á medida de sus particulares deseos. Ni originales son siquiera estos periodistas, que el Marqués de Molins, buen señor, pero sin voto en la materia, dijo mucho tiempo ha, ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas: «¿Qué

podrá inferir cualquiera si, penetrando en las clases populares y habida consideración de su presupuesto de ingresos ó de jornales, comparase el gasto anual que hacen en los toros y en la lotería, y el que consagran á la educación moral é intelectual de sus hijos?»

La Sociedad está creada, digan lo que quieran, y no ha de ser del número de las científicas ó literarias que nacen pobres, viven raquílicas y acaban por consunción al poco tiempo. *La Correspondencia de España* sabe muy bien lo que se dice al asegurar que el Círculo Nacional tendrá larga vida. Nada le falta para alcanzarla; hasta bibliotecario tiene, que pondrá en estante la referida *novela de puntas, Los toros en Madrid*, en preparación por D. Pascual Millán, las colecciones completas de *La Lidia* y de *El Enano*, y unos cuantos carteles, sin que falte *El Rosario de la Aurora*, de usted, obra bastante, sin otros títulos, para darle derecho al diploma de socio honorario.

Yo he de procurar el más modesto de fundador, y no inactivo. Desde ahora proyecto algunas proposiciones de interés, entre ellas la fijación de un cuadro con los nombres de don Melitón Martín, D. F. Javier de Salas y del Duque de San Carlos, por excepciones de la regla general y espíritu de la asociación, recordando que el primero presentó á los Amigos del País, de Madrid, una Memoria, no mal escrita, pretendiendo innovar y suprimir la parte que llamaba bárbara, por genialidad; que el segundo se permitió en discurso académico la proposición absurda de ser la diversión afrenta de la cultura española, y que el último pasó á mayores, presentando en el Senado un proyecto de ley en defensa..... riase usted, ¡de los caballos!

Enfrente habrá de ponerse otro cuadro con copia auténtica de la Bula de Clemente VIII, dada en Roma el 11 de Junio de 1596, á instancias del Rey D. Felipe II, y por la cual se levantan las excomuniones y censuras que Pío V y otros Pontífices habían impuesto á los que asistieran al espectáculo amado.

Más adelante habrá ocasión para solicitar derechos pasivos en favor de los diestros que cuenten años de servicio con

determinadas circunstancias, y nada se perderá en preparar el terreno para que la Academia de Bellas Artes aumente á sus secciones una más en que esté representado el arte bello de Pepe Hillo. Con la influencia á que el Círculo está llamado, mucho más podrá conseguirse.

En esta influencia pensaba desde el comienzo al insinuar á usted el arbitrio fecundo de ligar indisolublemente las cañas y los toros. Póngase la *caña* bajo el patrocinio del Círculo Nacional, como usted sabrá hacerlo; figure en los festines y en la *restauración* de la Sociedad antes que en ninguna otra mesa, y señálese allí por distintivo de los diestros y de sus admiradores. Alfonso V de Aragón creó la orden de caballería de la Jarra, que se disputaron los más calificados personajes de Europa; cree el Círculo Nacional la orden taurómaca ó *de puntas* de LA CAÑA, ó adopte por lo menos como escudo, blasón, divisa y joyel de la Asociación y de sus miembros la esbelta caña de manzanilla, precioso símbolo español de competencia, discurso, peroración y gracia, más noble y adecuado que los lobos pasantes en campo de sinople ó las lechuzas esployadas en campo de gules con que se satisfacía la vanidad de nuestros tatarabuelos.

Si para alcanzar la decisión hace falta (que no lo creo) algo más que las persuasivas cartas de usted; si para complacer á la Compañía conviniera hacer protestas de propagandistas, autorizo á usted por mi parte para asegurar que así como el toro *ha saltado la barrera*..... de los Pirineos, y «hace las delicias de los parisienses,» aunque en las corridas se hayan introducido las pequeñas variaciones de suprimir espadas, banderilleros y picadores, y de embolar á los bichos, podrá igualmente asegurar que salten la del Rhin, y habrá corridas en el campo de Waterloo, así tengamos usted y yo que meternos á empresarios. Lo esencial es que la caña sea proclamada, después de lo cual, con que la casa Woermann haga el insignificante sacrificio de *necessaires* iguales al que prepara con las cifras thebussianas, los ofrezca benévolamente á Lagartijo, Lagartija, Lagartijillo y Lagartijito, y éstos brinden con los estriados higiénicos vasos en Salamanca, Teruel, Mondoñedo, Montanches y Vich, no

darán abasto los hornos que humean en las márgenes del Mein para fundir los silicatos que requiera tanto *cañero*.

Antes me he permitido comparaciones que sólo pueden hacerse en amistosa confianza: á usted ocurrirán otras con que hacer ver lo que vale el espíritu nacional guiándolo la inteligencia con la voluntad. Nuestro insigne Goethe consiguió que cuando Napoleón I invadió á Alemania, era por allí cosa rara una carretera; se viajaba poco y casi exclusivamente á caballo. Buenas cerraduras, puertas ó ventanas ajustadas, carruajes de muelles, cuchillos afilados y camas aceptables, no con más abundancia se veían. Las alcantarillas constituían mito; las oficinas de Correos, quimera. El mueblaje, que en los palacios de los príncipes llamaba la atención por modesto, en las casas de los particulares ricos era de pino con asiento de lana verde, y en las mesas ó chimeneas por adorno se exhibía alguna taza ó perrito de porcelana. Únicamente los señores de gran posición se permitían el lujo de una caja de rapé de oro; los elegantes se satisfacían con el reloj de plata en la faltriquera.

Eran los modales en general rudos, el lenguaje sin excepción de la alta sociedad de una grosería increíble. Para el pueblo, sucio y soez, aunque honrado, estaba por venir el régimen intelectual. Por cima de su esfera se elevaban las clases educadas de empleados ó profesores, y más arriba la nobleza, vulgar en instintos, pobre, orgullosa, ignorante y celosa de sus privilegios.

Por reverso de la medalla, enseña la correspondencia de Schiller con Koerner que el alquiler diario de un caballo le costaba 60 céntimos; las copias, á 15 céntimos el pliego de diez y seis páginas; su habitación amueblada, compuesta de dos salas y una alcoba, 65 pesetas por trimestre; un criado que le servía de escribiente, 7,50 pesetas al mes, y así aseguraba á su amigo que vivía espléndidamente con la familia en Iena, gastando 800 talers al año.

No obstante, el referido Goethe escribía en 1813 á Luden: «No creáis que soy indiferente á los males de la patria; no, muchas veces me aflige la idea de que el pueblo alemán, tan honrado individualmente, sea tan bruto en conjunto. La

comparación que hago con otras naciones despierta en mí un sentimiento doloroso que en vano procuro dominar: ¡cuán lejos se vislumbra el porvenir! Pero ¿qué hemos de hacer mientras llega? Que cada cual, en la medida de sus facultades y de su posición, se esfuerce en implantar la cultura; con ella, en vez de ir á remolque de otros pueblos, llegará Alemania á la aptitud de las acciones grandes el día de su elevación.»

Las aspiraciones del Círculo Nacional han de ser las mismas, pues que á la cultura va encaminado su programa; mucho debemos fiar en él; pero insisto aún en que, modificando usted el suyo, no brinde sólo por el triunfo de la caña, sino por el más completo de CAÑAS Y TOROS.

Tal es mi parecer, que como siempre y en todo someto al más ilustrado y competente de usted, besándole la mano con cordial afecto.

*De Madrid á 6 de Abril de 1890.*











*de*

*1<sup>o</sup>*











**MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS**

**BIBLIOTECA**

**Pesetas**

Número. <u>104</u>	Precio de la obra.....
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición..
Tabla... <u>3</u>	Valoración actual.....
Número de tomos. ....	

10

